
P|A

PENSAMENT | ACCIÓ

PAPERS | ANÀLISI

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Jordi Pujol

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Jordi Pujol

Centre d'Estudis Jordi Pujol
Passeig de Gràcia, 88, 1r 2a
08008 Barcelona
www.jordipujol.cat
info@jordipujol.cat

© del text, els autors i el Centre d'Estudis Jordi Pujol

Transcripció i assessorament lingüístic:
Núria Rica

Disseny:
Eumògrafic

ISBN: 978-84-940081-4-6
Dipòsit legal: B-22.250-2012

Impressió:
Copyset

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Jordi Pujol

Realmente hemos llegado a una situación muy difícil. Sorprendentemente por la intensidad de la crisis, por la forma como hemos llegado a ella y por lo difícil que sabemos que será salir de ella. Realmente impresiona lo que ha sucedido. Y casi ofende. Sorprende este paisaje de desolación y de desánimo, que sólo puede entenderse si nos damos cuenta de que España ha perdido una guerra.

España ha perdido una guerra. Esta no es el final de la historia. Todos los países han perdido una guerra. Y buena parte de lo que se ha perdido puede ganarse otra vez, porque España es un organismo vigoroso. Con gran capacidad de recuperación. Pero el paisaje actual es el propio de una derrota. ¿Una derrota contra quién? Contra sí misma. No contra la insolidaridad egoísta alemana, por ejemplo, o contra las finanzas mundiales, sino contra sí misma. Y es preciso advertir que las excusas falsas dificultan la recuperación. Y dificultan las rectificaciones adecuadas, y sobre todo retrasan los cambios de actitud necesarios para superar las crisis, o las derrotas. Hagamos una breve historia sobre lo que ha sucedido.

Desde la segunda mitad del siglo xvii España fue perdiendo posiciones. Durante tres siglos. Siempre fue un país importante. Por población, historia, cultura, lengua... Durante todavía ciento cincuenta años por sus territorios americanos. Pero fue perdiendo peso político y económico, perdió posiciones respecto a los países modernos. Lo perdió en lo económico, lo perdió en lo político, lo perdió en imagen, lo perdió en

consideración. En protagonismo. Fue quedando al margen. Con algún intervalo de recuperación, real o aparente, por ejemplo en tiempos de Carlos III. Pero, en conjunto, la evolución fue claramente decadente.

Situémonos en 1854. A cincuenta años de la Guerra de la Independencia, a veinte de la pérdida del Imperio, de la primera guerra Carlista y en los inicios de un esfuerzo modernizador lento y difícil. En aquel momento empezaron a hacerse estudios más modernos de cuantificación de la riqueza de los países, o por lo menos de los principales. De lo que hoy llamaríamos el PIB.

A partir de aquel momento se observa que España va prosperando, pero muy lentamente si se la compara con los países más dinámicos. Progresa pero pierde peso relativo frente a la Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania, la conjunción de Austria y Bohemia, Holanda, también Italia. Y a partir de 1880 frente al Japón. Y esto es así, excepto en los años de la Primera Guerra Mundial hasta 1960. Un largo periodo de decadencia, por lo menos relativa. De pérdida de peso en casi todos los terrenos.

¿Qué pasa en 1960? Sucede que se inicia un cambio de fondo en la mentalidad y en la economía españolas. Y en la sociedad. Y en cierto sentido en la política, pese a que quedaban todavía quince años de dictadura. De dictadura férrea.

A partir de 1958-1959, y muy claramente a partir de 1960, España inicia una reorientación hacia el desarrollo y la liberalización económica —el desarrollismo, como se le llamó— y la apertura exterior, fundamentalmente hacia Europa. De hecho hacia el crecimiento económico con las repercusiones sociales y de mentalidad que esto iba a tener. La aproximación a Europa tenía ciertos límites, porque la Unión Europea —entonces todavía llamada la Comunidad Económica Europea— observaba con interés la evaluación española, pero no más allá del límite que suponía el carácter dictatorial del régimen español.

Un comentario al margen. Yo siempre he dicho que el año 1960 es el año del inicio del cambio en España. Durante mucho tiempo esto me costaba algunas críticas puesto que, repito, la dictadura, y no blanda, todavía duró quince años más. Es decir, en la superficie algo cambió, pero poco. Donde sí se empezaron a proponer cambios decisivos fue en ciertas orientaciones económicas, en el campo del pensamiento, en los comportamientos sociales, en el ansia de apertura puertas adentro y puertas afuera.

Todo eso creó las bases de la que después fue la transición. Pero, como decía, la dictadura siguió vigente. De ahí que quienes hace años sosteníamos que el cambio empezó a producirse alrededor del año sesenta fuésemos objeto de recriminación. Hasta el punto que a menudo he tenido que recordar que el mismo gobierno que inició el cambio a mí me metió en la cárcel.

Lo cierto es que de 1960 a 1975 España cambia. En la economía, aquella tendencia relativamente descendente desde mediados del siglo XIX en España se invierte. Económicamente crece por encima del conjunto de Europa. Y crece en bienestar. Son los años en que la gente empieza a hacer turismo, dentro y fuera de España, en que muchos trabajadores compran parcelas en el campo, de la substitución de los 4x4, de incremento de estudiantes universitarios, de viajes al extranjero... El país sigue por debajo de la media de los países más desarrollados, pero en su conjunto el cambio es muy grande. Y sobre todo se produce un hecho decisivo, y muy positivo: se crea clase media.

Con la excepción de Cataluña y el País Vasco, y algunas zonas reducidas, en España en 1950-1960 había poca clase media. Y sin clase media el arraigo de la democracia es difícil. Fue decisivo que en 1975, al final de la dictadura, todo este proceso hubiese producido una sociedad que en buena parte ya había cambiado. O que por lo menos estaba en condiciones de llevar a cabo una difícil pero posible transición.

Y no sin dificultad y momentos de riesgo, pero en líneas generales la transición fue un éxito. Se asentó la democracia, hubo crecimiento económico espectacular pese a algunos períodos críticos, se avanzó mucho en la construcción del estado del bienestar, se ganó un notable prestigio internacional —fruto del progreso conseguido y también de la sorpresa que el buen hacer español de aquellos años causó en un mundo y, sobre todo, en una Europa que había sido escéptica. Quizás, como luego se ha visto, el éxito se sobredimensionó, pero el cambio fue realmente muy positivo. Y mérito del conjunto de la sociedad española. Pero a mi entender es justo subrayar el mérito muy particular de dos políticos en aquel momento decisivos, Suárez y Carrillo. A parte de que el prestigio del rey jugó también un papel importante.

De todas formas ya en aquel primer momento se produjeron algunos desajustes que con el paso del tiempo se han convertido en un serio obstáculo para el funcionamiento político e incluso estructural de España. El principal de ellos es el «café para todos» aplicado al tema

autonómico. De este, pero también de otros disfuncionamientos hablaremos en su momento. Pero en aquel entonces, durante los ochenta, algunos riesgos serios se evitaron.

Uno de ellos fue el de la demagogia social y política. Ahí el mérito principal fue de Felipe González, que arrastró al PSOE al realismo político y social. Tuvo dos momentos estelares. Primero, el del congreso del PSOE de Suresnes de 1974, en el que la mayoría rechazó la ponencia del secretario general, Felipe González, que proponía abandonar el marxismo como doctrina básica del partido. Y por consiguiente la adaptación de una línea reformista inequívocamente socialdemócrata. La amenaza de dimisión de Felipe González provocó una nueva votación que aprobó su propuesta.

El segundo episodio tuvo lugar muy pocos días después de las elecciones de octubre de 1982. Que ganó el PSOE con una mayoría absoluta (doscientos dos diputados), después de una campaña muy demagógica tanto en lo social como en lo económico. E incluso en el tema de la NATO.

Las ansias frenéticas de ganar como fuese, y con la perspectiva del desguace de UCD, llevaron a los socialistas a adoptar una línea progresivamente demagógica. Pero al día siguiente de su aplastante victoria cambiaron radicalmente su lenguaje. Cuando a los pocos días, al nuevo ministro de Economía, Boyer, en una rueda de prensa le preguntaron con insistencia sobre los radicales cambios de política económica y social que se suponía que de acuerdo con las promesas electorales introduciría el gobierno Boyer, con gran frialdad y concisión los descartó con un argumento categórico: «El camino es estrecho».

Que luego las cosas se han torcido es una pura evidencia. Gravemente. Esto está claro desde un punto de vista económico y social. Y de las autonomías en general, aunque con especial deterioro de la relación entre Cataluña y el resto del Estado. Pero también lo es desde el punto de vista institucional. No hay ninguna, o casi ninguna, institución española que hoy tenga buena valoración, desde el Tribunal Constitucional hasta nada menos que el Banco de España. E incluso la Monarquía ha perdido parte de la confianza que merecía tiempo atrás. Pero quizás lo más grave es la pregunta que formula Enric Juliana en su

libro *Modesta España*. «¿Existe realmente una clase nacional y patriótica española?». La simple formulación de la pregunta ya es inquietante.

En todo caso desde mediados de los ochenta hasta anteayer —hasta 2006-2007— España va viento en popa. Incluso de puertas afuera. Hubo un tiempo en que Aznar fue aclamado como un gran líder europeo, y en algún momento también sucedió con Rodríguez Zapatero. Se decía, y algo había de eso, que la marca España era muy valorada. Ahora algunos bancos disimulan en Europa y en el mundo que son españoles. Y la gente —extranjeros y españoles— saca el dinero de España. Y la gente ya no viene a trabajar a España y a ganarse la vida, sino que se va. Y aunque se vanaglorie de ser campeona del mundial de fútbol, no puede evitar serlo de paro, y más todavía de paro juvenil. Más que doblando el porcentaje de la media europea. ¿Qué ha pasado?

Durante estos últimos años se ha explicado muchas veces lo que estaba sucediendo y lo que ha sucedido. Una prosperidad muy rápida y, en conjunto, de considerable dimensión, una sensación de éxito muy grande, que con intensidad diversa pero muy generalizada ha producido como una euforia exagerada y una sensación de facilidad muy peligrosas. A lo que debe añadirse lo que se ha convertido en filosofía hegemónica de la sociedad española que ha sido el hedonismo. Es decir, la idea de que el bien consiste en el placer y en que tenemos derecho a él, que nos debe ser garantizado. Por alguien, por quien sea. Generalmente por el Estado. La moral del esfuerzo y de la responsabilidad no juega ya un papel primordial en la sociedad española. España ha sido un país frívolo.

La responsabilidad de eso está repartida. Incluso puede comprenderse que la magnitud del cambio social y económico hubiesen hecho difícil un intento político y moral de frenar una evolución mental, política y social ya acelerada. Pero es que además no se ha intentado. En el terreno político e intelectual no se ha intentado. Y todo ello ha producido no sólo mucha vanidad, sino también una arrogancia malsana.

No es culpa sólo de los políticos. Pero probablemente algo de razón debía tener Juliana cuando hablaba de la carencia de una clase política española nacional y patriótica. Capaz de atender al interés general.

Desde tiempo atrás se han hecho advertencias de que había que cambiar de actitud. Recuerdo, por ejemplo, una conversación que tuve con el actual presidente del gobierno italiano, Mario Monti. Persona que siempre ha gozado de gran prestigio académico, tanto en lo político como en lo económico. Hombre serio y perspicaz. Visitó España en 2006, en plena euforia. Y al final de la visita nos hizo el siguiente comentario: «He estado unos días en España», sobre todo en Madrid y he constatado que hay mucho optimismo. Quizás excesivo. Y me pregunto si no hay un exceso de jactancia. Más jactancia que proyecto bien formulado».

Y no fue él solo. Me decía un importante político sudamericano y hispanista que pasa largas temporadas en Madrid: «Durante los últimos años España ha hecho un salto adelante impresionante. Pero me asusta una cosa. Veo mucha arrogancia. Sobretudo en el mundo político, económico y mediático de Madrid. Es decir, en el más influyente. Esta arrogancia no es buena. Es peligrosa».

Y realmente lo sucedido se parece mucho a la historia del nuevo rico. ¿Qué es un nuevo rico?

No es una persona pobre. Es alguien que saca adelante su familia, pero más bien modestamente. O por lo menos con menos recursos de gente de su entorno. Y es una persona honesta y trabajadora. Pero que sufre viendo a algunos de sus vecinos más afortunados. Alguno de los vecinos, cuando se encuentran en el ascensor, le explica que acaba de comprarse un coche nuevo. Que el que ahora lleva le funciona bien pero ya tiene tres años de antigüedad. Nuestro hombre lleva ya siete años con el mismo coche. Le funciona bien, pero es un modelo poco novedoso. Y él siente envidia del vecino, que además compra a su mujer vestidos más vistosos de los que lleva la suya. En realidad nuestro hombre va saliendo adelante, pero menos que algunos vecinos y va acumulando envidia.

Pero llega un día en que, ya sea porque fruto de su trabajo tiene una iniciativa feliz que le rinde mucho, o porque ha sacado el gordo de la lotería o porque hereda de una tía rica medio olvidada que tenía en Buenos Aires, nuestro hombre se convierte en rico. En nuevo rico. ¿Y qué pasa?

Puede que siga manteniendo algunas de sus antiguas virtudes. Ojalá. Pero también puede suceder, y así sucede a menudo, que la buena

fortuna y el dinero que de repente le llegue en abundancia le obnubile. Y que piense que de ahora en adelante todo va a ser fácil. Y, también, que quiera demostrar a sus vecinos, y especialmente a los de su escalera, que ahora él es rico o incluso más rico que ellos.

¿Y qué hace? A veces parece que se propone hacer rendir con buen tiro la fortuna que tan súbitamente ha conseguido, pero además se dedica a lucir un Ferrari de gama alta que se ha comprado. Se pasea por su ciudad con su Ferrari y especialmente por delante de la casa de sus vecinos. Metiendo mucho ruido. Con arrogancia, mucha arrogancia. No ha asimilado el éxito.

Y sucede lo que sucede. Lo que lógicamente debía suceder a quien no estaba habituado a conducir Ferraris de gama alta. Sucede que tiene un accidente. Grave. Nuestro nuevo rico está en la UVI.

Muy grave, pero se salvará. Porque tiene un organismo fuerte y porque es relativamente joven. Y porque tiene un buen equipo médico que le atiende.

España ha sido un nuevo rico. Que tuvo un éxito notable. Que le cambió la vida. Que le aplaudieron. Pero que lo asimiló mal. Que no aprovechó todo lo que era preciso. Y que finalmente terminó en la UVI. Que es donde está ahora.

Y dispone de un buen equipo médico que le atiende. De médicos alemanes, luxemburgueses y franceses, e incluso de allende el Atlántico.

España se salvará. Seguro. Pero no volverá a conducir un Ferrari. Y su mujer seguirá vistiendo bien, pero sin ostentación desafiante. Y él deberá dejar su arrogancia de lado. Ojalá sea capaz de hacerlo.

Dejemos de lado el estilo comparativo y ligeramente irónico. Ligeramente irónico, pero preocupado. Y constatemos que de lo ganado los últimos treinta años mucho se ha salvado. Hay que subrayar esto, porque la semiquiebra a la que hoy se enfrenta el Estado español no debe hacer que se olviden los activos antiguos que tiene, y defender, también, los recientes. Por ejemplo, hoy España disfruta de algunas grandes compañías de dimensión y peso realmente internacionales. Incluso globales. Y podría ampliar la lista con realizaciones muy meritorias en diversos campos. O sea que hay futuro. Pero si España deja de lado la arrogancia, la antigua y la de nuevo rico, y asume la realidad.

Y la realidad es que España tiene el paro más alto de los países de la UE (un 24%, más del doble de la media) y del 50% de paro juvenil (también más del doble). Y que tiene una productividad baja, y por consiguiente es poco competitiva. Y es que durante los años de euforia y de mucho dinero (en buena parte procedente de los fondos europeos) no se invirtió con criterios de productividad y de creación de una base económica sólida.

No se tuvo en cuenta que de los cuatro factores principales del crecimiento tres no garantizaban mejora de la competitividad y de la calidad del resurgimiento de la economía española.

Primero, la construcción. Que sí creó riqueza y no sólo inmobiliaria. También en muchos sectores industriales que abastecen a la construcción. Pero que tenía dos inconvenientes: no necesitaba una política exigente de costes y de productividad (era mucho más importante conseguir la recalificación de un buen terreno), y durante unos años desvió mucho dinero al sector inmobiliario con perjuicio de los sectores más productivos.

El segundo factor de crecimiento fue el consumo (de todo, de bienes inmuebles, de gasto doméstico, de ocio, etc.). Que en sí mismo también es bueno, y es un factor de crecimiento. Pero que en las condiciones muy exageradas —frenéticas— en que se desarrolló fue contraproducente. Tampoco significó un acicate para una economía competitiva. Fue de recorrido corto. Y provocó un tremendo endeudamiento.

Un tercer factor de crecimiento fue la inmigración. Que en parte se necesitaba, que algunos sectores empresariales reclamaban (la inmigración proveía de mano de obra más barata), que también consumía, incluso compraba viviendas y suscribía hipotecas en los bancos, y que al gobierno español le prorrogaba el plazo en que tendría que tomar medidas sobre las pensiones, etc. Y así fue como se creó no sólo una burbuja inmobiliaria, sino también laboral. Que con su estallido actual contribuye al paro desorbitado que tenemos. Aunque el perjuicio mayor de haber jugado la carta de la inmigración descontrolada y de gran volumen fue que en realidad equivalía a optar por un modelo económico entre medio y bajo. Es decir, poco competitivo. Ahora lo pagamos.

Finalmente, había, y aún hay, un cuarto factor de crecimiento, más sólido: el turismo. Con el turismo sólo, o con una participación exageradamente alta del turismo en el PIB, España no podría aspirar a un

alto nivel económico. Pero el turismo español es un valor ya sólido. Que además se ha desarrollado bien hace más de cincuenta años, ya desde la época de Fraga. Con algunos excesos inmobiliarios y medioambientales, pero en conjunto bien. Y con buenas perspectivas de futuro.

Si esto era así, y si incluso más de uno avisó del riesgo que se corría, ¿cómo no se frenó la marcha hacia la crisis? Y no una crisis cualquiera, sino una crisis profunda y de larga duración. Me lo explicaba hace unos años un comisario europeo, un político y economista que proveyó la crisis: «Si usted invita a centenares de personas, con ánimo de ganar su aplauso a un gran banquete que empieza con ostras y caviar en abundancia, y sigue luego con platos exquisitos, y todo ello con vinos de la más alta calidad, y de repente le avisa el mayordomo que en la cocina ya queda sólo verdura y lentejas —buena verdura y bien aderezada, pero verdura al fin y al cabo— y vino corriente, ¿se atreverá usted a anunciar a sus invitados, ya bastante eufóricos, que se va a proceder a un cambio de menú? Sólo lo hará cuando ya no quede más remedio y tendrá que afrontar el enfado de sus invitados». Cuando el presidente Rodríguez Zapatero se aferraba a la idea de que en España no había crisis y lo repitió día sí día no, interpretaba el papel del anfitrión que se aferraba a las últimas ostras por miedo a anunciar el final precipitado de una cena épica. Fue una actuación irresponsable, porque el mayordomo —llámese Solbes, Almunia, Solchaga, etc.— y algunos más sí le habían anunciado, o habíamos anunciado, que se estaban terminando las ostras.

A los políticos suele resultarles difícil anunciar e implantar recortes y sacrificios. Y durante los últimos tiempos los propios políticos lo han hecho más difícil. En España, especialmente, sobre todo desde más o menos el año 2000. Pero también en Europa. O en buena parte de ella.

Piensen que desde el final de la Segunda Guerra Mundial (1945) en Europa —y más específicamente la Europa occidental, es decir, la no comunista— ha habido tres etapas en lo político, lo económico y lo social. España ha seguido una evolución parecida pero no calcada, más diferida en el tiempo, debido a la Guerra Civil y a la larga dictadura franquista.

La primera etapa, más o menos de 1945 a 1960, fue la de la reconstrucción. Muy marcada en países como Alemania e Italia, por razones

obvias, pero fue general. Gran Bretaña, por ejemplo, había ganado la guerra, pero había quedado arruinada. Pasó unos años muy difíciles, incluso con racionamiento muy severo. Durante este periodo, en Europa dominó la moral del esfuerzo.

La segunda etapa va de 1960 a más o menos 1980. Es la etapa en que los europeos se dicen a sí mismos: «Ya hemos reconstruido nuestros países, ya volvemos a ser ricos. Ahora procede repartir esta nueva riqueza y dar seguridad a la gente». Es la etapa en la que dominó la moral de la equidad, de creación del estado del bienestar. Es decir, no sólo mejorar el nivel de vida de la gente, sino dándole seguridad y capacidad de promoción (sanidad, subsidio de paro, educación, pensiones, discapacidades, etc.). Y así se ha hecho y bien. El estado del bienestar europeo es un gran logro social y político, y ético también, de Europa. Que hay que preservar.

Pero a partir de aquí, hay una tercera etapa en la que el interrogante es «¿qué más podemos ofrecer a la gente?». ¿Rebajar progresivamente la edad de jubilación? ¿Seguir subiendo los salarios y las pensiones? ¿Hacer más fácil el acceso a la vivienda? ¿Seguir rebajando el número de alumnos por clase? ¿Hacer más hospitales? Todo está bien y es bueno hacerlo. Pero puede llegar a tener un límite económico y ya no se rige ni por la moral del esfuerzo ni, llegado a un cierto nivel, de la equidad. En el terreno de los valores, la sociedad tiende a tomar otros derroteros. Por ejemplo, el de la igualdad. Y el del goce. El del hedonismo. Que como es sabido consiste en afirmar, ya desde los griegos antiguos, que el bien es el goce. Es pasarlo bien, en los diversos campos en que se puede experimentar el goce —artístico, físico, sensitivo, sexual, de tranquilidad interior, de ausencia de condicionamientos, etc. Y esto ha conducido también a una exacerbación del reclamo de derechos y a una menor aceptación de deberes.

Esto ha pasado poco o mucho en toda la Europa occidental (en la antigua Europa comunista el proceso ha sido y es algo distinto). Aunque algunos países llevan ya un cierto tiempo intentando cambiar de rumbo, especialmente los de la mitad norte del continente. En el resto es más difícil. En Francia, por ejemplo, donde al periodo de 1945-1975/80 lo llaman «*les trente glorieuses*», dicen «cómo vamos no ya a renunciar sino a moderar, aunque sea muy muy poco, lo conseguido durante la época dorada, durante *les trente glorieuses*».

En España esto ha sido mucho más acusado. Se trabajó bien, se sor-

prendió al mundo con la transición política, hubo un desarrollo impresionante y además muy rápido. Pero no era tan sólido como pudo parecer y se digirió mal. El país resultó ser poco serio.

Lo digirió mal la sociedad y lo digirió mal la clase política. A nivel del conjunto del Estado mal, muy mal a partir del año 2000. Mal la conducción de la economía, de orientación más financiera y especulativa que atenta a la consolidación de nuestro sistema productivo. Con mucha jactancia y algo de resentimiento hacia los países europeos, tradicionalmente más punteros. Todo muy propio de un nuevo rico. Ignorando hasta qué punto en el progreso español —en buena parte fruto del buen hacer político y económico de los años ochenta y noventa— era debido también al flujo de dinero europeo que había entrado en España.

Finalmente la tormenta estalló. Y todos los errores y las jactancias y las imprevisiones acumuladas, e incluso los fallos institucionales —desde los organismos jurídicos hasta la calidad de la vida política o nada menos que el propio Banco de España— se abatieron sobre el país. O la propia crisis del estado de las autonomías.

Y toda España perdió la guerra. Contra la crisis económica y contra el déficit político europeo y contra quien sea, pero sobre todo contra sí misma.

Y ¿qué debe hacer un país cuando ha perdido una guerra?

Ante todo asumir que la guerra se ha perdido. Y que las cosas no serán como antes. Y no de una forma fugaz. El paisaje es de desolación.

Bien es verdad que un país que ha perdido una guerra debe aspirar a rehacerse, pero no necesariamente a ser como antes. Es el caso ahora de España. Que debe aspirar a recuperarse, o incluso con el tiempo a ser mejor que antes, pero no como antes. Porque el modelo de antes no era bueno. Ni era sostenible.

En segundo lugar hay que explicar, con franqueza, honradez, modestia y autocrítica, lo que pasó y por qué pasó. Más que con ánimo de buscar responsables —entre otras razones porque generalmente las responsabilidades están muy repartidas— con la intención de rectificar. Y porque solamente cuando todo el país asume la realidad de la derrota y de la gravedad de la situación, que suele afectar al conjunto del país,

pero también a muchísimas personas en concreto— el esfuerzo colectivo de rectificación y de superación será efectivo.

Y en tercer lugar hay que apelar a las energías y a los valores más sólidos del país. Hay que subrayar los activos de todo tipo que España sigue teniendo. Y sobre esta base se puede ofrecer un horizonte de futuro. Difícil en principio, pero asequible si se hacen las cosas bien. Y este es el caso de España.

Me siento obligado a manifestar que quien les habla es especialmente crítico con lo que ha sido el quehacer político, económico y de estructura de estado de España durante los últimos tiempos. Especialmente crítico, decepcionado y mal tratado. Les digo esto para que comprendan que cuando les digo que España —cuya grave crisis no debe ser disimulada, y el título que ustedes sugirieron para esta conferencia lo corrobora— tiene buenas cartas de futuro no lo digo por patriotismo español, o simplemente porque lo exige el guión, sino porque es verdad.

La crítica por lo sucedido puede y debe ser dura, pero no sería ni justo ni eficaz ni respondería a la realidad si no recordara todos los factores positivos que el país puede movilizar.

En este momento especialmente crítico merece la pena añadir un comentario hacia algo que no estaba previsto ni en el título ni en el guión original.

Hay una valoración muy baja de los políticos. En general, y casi sin excepción. Pero un país no sale adelante sin buenos políticos. Necesita una sociedad consistente, con valores sólidos y actitudes positivas. Constructivas. Pero además necesita buenos políticos.

Es cierto que de un tiempo acá en general no ha habido buenas políticas en España. Pero no es cierto que no se pueda recuperar el valor de lo político. Esto depende, por supuesto, de los políticos. También de los medios de comunicación, entre otros factores. Pero también de que la sociedad valore lo político y a los políticos según dos criterios fundamentales.

Actualmente los políticos deben ser valorados de acuerdo con balances cualitativos más que cuantitativos. Durante más de treinta años los alcaldes y los ministros y presidentes de gobierno o de comunidades autónomas en general han podido presentar balances tangibles y

brillantes. Ahora, no. Ni durante un tiempo podrán ofrecer aumentos salariales substanciales o incrementos de plantillas. Ni organizar festivales brillantes. Ni construir hospitales cada veinte kilómetros. Ni construir kilómetros y kilómetros de AVE, para poder decir que después de China España es el país con más kilómetros de AVE del mundo. Eso es lo que provoca el aplauso fácil. Pero los políticos que siguen actuando con este criterio son peligrosos. Pueden hundir el país. Por consiguiente, no podrán actuar con alegría, con alegría complaciente.

Ni se les podrá aplaudir por ello. Se les deberá juzgar por la calidad de su gestión. Por la calidad, no la cantidad. Y por la prudencia —que significa actuar de acuerdo con lo que dentro de lo posible es más necesario para el bien común— que con arrebatos y espíritu de vanagloria.

Además los políticos deberán ser juzgados más por lo que son que por lo que hacen. Porque hacer sólo podrán hacer lo que ahora se puede hacer. Que es limitado. Y no deben hacer lo que ahora no se puede hacer. No se puede ni se debe gobernar con ánimo de complacencia. Y esto políticamente es peligroso. Pero ahora es absolutamente necesario. Con franqueza y modestia.

Hay que valorar a los políticos, decíamos, por lo que son y por cómo son, más que por lo que hacen. Más cualitativamente que cuantitativamente.

¿Y qué hay que pedirles?

Que digan la verdad, que den la cara, que no tengan miedo. Que puesto que pueden hacer menos de lo que convendría, que prioricen bien, cosa difícil cuando se está casi en bancarrota. Que sean firmes, pero modestos. Que no se escondan de la gente. Y que no piensen en cómo ganar las próximas elecciones, dentro de dos, tres o cuatro años, sino en cómo enderezar las cosas lo antes posible. Que puede ser dentro de unos años. En realidad deben hacerlo pensando más en la próxima generación que en las próximas elecciones.

Es con estos baremos que deben ser juzgados los políticos

Hemos llegado hasta donde hemos llegado. A un terreno muy inhóspito. De ahí España tiene que salir. Y puede salir. Y saldrá. La reflexión sobre cómo se ha llegado hasta aquí puede ayudar.

Honestamente debo decirles que a la decepción que muchos españoles sienten, yo debo añadir, con especial énfasis, lo que siento como catalán. Una decepción profunda. Muy profunda. No soy el único, ni mucho menos. Pero este no es el tema de hoy. Hoy puedo intentar explicar, lo más objetivamente de que soy capaz, el proceso que ha llevado a la situación actual. Tal como se me ha pedido.

